

La arrogancia, la burla y la decepción.

Hemos visto estos tres elementos en la televisión con ocasión del Mundial de Rusia, donde no llegamos porque fuimos arrogantes. Un jugador dijo "Somos los mejores del mundo" y nos lo creímos y nos agrandamos. La confianza nos eliminó y el acuerdo de dos estrellas que se negaron a jugar nos perjudicó. No sé ¿qué será más grave? ¿La burla revanchista que hacemos de los que han vuelto a casa sin probar nada o la comprobación que, a pesar de todo en América se provocó un bajón general? Ojo con eso que se viene otro proceso y saldrán a relucir los dientes de rabia, de revancha, de venganza, en fin, de la pasión latina que nos tiene a todos divididos a pesar de practicar un mismo idioma.

La certeza del que está bien posicionado en la sociedad, sea por riquezas o por poder, impide ver las necesidades de los que están a su alrededor. Se es único e insustituible, pero el arrogante se cree "el único", aquel al que "no le entran balas", que tiene una superioridad que normalmente no es moral. Son como los frutos en un árbol, envidiables porque lucen bien, tienen buenas nutrientes y el calor del sol.

En los últimos meses hemos visto cómo se han podrido en las ramas: empresariado, altos mandos, Episcopado, políticos y gobernantes. La sociedad está perpleja con todos ellos y por la cantidad de aberraciones sociales y económicas que fueron capaces de cometer, ufanados en su arrogancia. Al despertar nos sentimos burlados y nos sanamos burlándonos, a nuestra vez, de ellos. Y sólo hay que sacudir el tronco para que comiencen a caer.

No nos percatamos que la burla es hacia nosotros mismos, que es por nuestra decepción: una incapacidad de entender que fuimos nosotros los que les pusimos los pedestales a los cuales se subieron y que desde allí perjudicaron nuestras vidas. Atentaron contra nuestras creencias, se apropiaron de nuestros recursos, a costa nuestra aseguraron su vejez y hasta la de sus tataranietos, les reconocimos infalibilidad, nos entregamos como ovejas a sus dogmas y propuestas y hoy somos sus esclavos.

Pedimos permiso para vivir, para tener salud, para circular por las calles, para beber agua y todo tenemos que pagarlo, donde una parte pequeña, pero parte al fin, les incrementa sus bolsillos. No tenemos tiempo para pensar, porque la televisión lo hace por nosotros y si no se está de acuerdo con sus ideas, el medio lo reduce y elimina.